



RECEPCION DE UN EMBAJADOR EN CONSTANTINOPLA.

La puerta del primer patio del serrallo se llama *Babi-Humaioun* (puerta Augusta), y es la que ha hecho dar el nombre de Puerta Otomana al imperio del Gran Señor. La segunda puerta dá entrada á la sala del Divan, y lleva su nombre.

El embajador, en el día fijado para la audiencia de recepción, entra á caballo con su comitiva en el primer patio, en el que varios cuerpos de tropa están formados en batalla para hacerle los honores, y echa pié á tierra delante de la segunda puerta, por la que solo el Gran Señor tiene derecho para pasar á caballo.

Entonces se presenta el primer intérprete del Divan, é invita al embajador á que se sienta en el gran vestibulo á que da entrada la referida puerta. Pocos momentos después le introducen con su comitiva en la sala del Divan, llamada *Coubbéalti* (debajo de la cúpula). El camarero mayor sale á su encuentro. En el fondo de la sala hay un banco cubierto de tisú de oro; el gran visir se sienta en él, teniendo á su derecha al gran almirante, y á su izquierda á los dos *Wazirskér* ó jueces superiores del ejército. En banquetas menos lujosas están sentados los ministros de contabilidad imperial y hacienda. El embajador se coloca en una banqueta forrada de terciopelo, y situada enfrente del gran visir. A su lado están, en pié, los intérpretes de la Puerta y de la embajada, y el primer secretario de legacion, que tiene las credenciales en la mano. Toda la comitiva rodea al embajador. Encima del asiento del gran visir hay una ventanita cubierta con un enrejado, desde la cual puede el Gran Señor presenciarse la recepción sin ser visto.

Después de algunos cumplimientos dirigidos por el gran visir al embajador, se dispone el Divan ó consejo. Se leen los documentos, y el gran visir los autoriza con su rúbrica, añadiendo el sello imperial.

El ministro de negocios extranjeros entrega en seguida al gran visir una comunicación dirigida al Gran Señor, en la cual espone que el embajador solicita ser recibido por S. A. Mientras se espera la contestacion del Gran Señor, sirven una comida espléndida en que abundan los manjares mas raros y exquisitos, los que apenas tocan los convidados.

Después conducen al embajador al patio, bajo una galería practicada entre la sala del Divan y la puerta del Trono, *Babi el Saadet*. Allí el gran maestro de ceremonias le pone una pelliza de marta ziblina, y se distribuyen otras pellizas de menos lujo á las personas mas notables de la comitiva. Entonces entran en la sala. El Gran Señor está sentado en un trono que tiene la forma de un techo antiguo: el oro y las perlas finas realzan el brillo del precioso tapiz que le cubre; las columnas son de plata sobredorada.

Después de los discursos de costumbre, el embajador entrega las credenciales al *mir-alem* (príncipe del Estandarte); éste se las pasa al gran almirante, que se las dá al gran visir, el cual las pone en el trono.

Entonces concluye la audiencia. El embajador se retira, monta á caballo en el mismo sitio en que se apeó, y regresa á su palacio de Pera.

FILOSOFÍA SOCIAL.

LA LITERATA.

No es el talento, es el abuso que hace de él; no es la explotación, es la extravagancia que estropea; no es la instrucción, es la inapropiada de sus conocimientos lo que repugna.

CAROLINA COMASO.

¡Cuántas reflexiones se agolpan á la imaginación del escritor cuando reconoce á la literata—tipo original, fisonomía privilegiada en la cual se retratan las pasiones de la mujer y las impresiones del talento; el amor y el orgullo! La literata de antaño se cuidaba poco de las abstracciones de la sociedad y de las utopías de la filosofía: era una mujer que se distinguía por su vana erudición y pedante galantería; la desdichada de *No hay buenas con el amor* de Caldera de la Barca ó la Leonor de *El tonto don Diego* de Moreto. La literata de agora conserva el presuntuoso orgullo de las *Previsoras ridiculas* de Moliere y la abigarrada erudición de aquellas *Calpurnias* de Quixote, «tan afanas de hipérbolas y tan nebrivanas de palabras que tenían unas nominativas que galenas.» Es francesa en la cabeza: española en el corazón.

Para dar un buen rato á mis lectores leavis á cuento á la marisabidilla anciana, medalla casi borrada, edición estereotípica de su siglo, antiteis problemática entre lo antiguo y lo moderno; categoría sin adorno, pero es más oportuno y regular reconocer á la marisabidilla de nuestros días alegre, vivaracha, decidida y epigramática. ¡Tiene tantos atractivos una niña cuando renne á una palabra aguda una sonrisa hechicera! Existe en sus pensamientos tanta timidez maliciosa y tanta resolución incierta; lucha entre la edad y la reflexión. La marisabidilla nábil baila, canta, lee, sabe de memoria aquellos cuentos de colegios que son epigramas en sus labios, habla de la república romana y de la guerra de la independencia por las reminiscencias de sus lecciones de historia, diserta con una manera académica sobre el amor y la gramática castellana según los consejos de su antigua rectora y de su moderno pasante, y recuerda con habilidad el papel de conjurado ó arguista de palacio que representaba todos los años en el decano; mutilado por el profesor de geometría y trigonometría, para los colegiales de su devoción.

Esta niña alegre y vivaracha á vueltas de una temporada de baños, ó de un carnaval bullicioso se cambia en calculadora y reflexiva con la contradicción de una mujer de sentimiento y la previsión de una mujer de talento. ¿Qué mágico poder ha cambiado el corazón de esta hermosa y delicada garza? ¿Qué mano ha podido dominar esta frivolidad que hasta infantil todo existía? La lectura trivial y presuntuosa de las novelas y el orgullo albagado por las primeras impresiones que ha recibido en el gran mundo. ¡Desventurado gondolor qué se cree seguro de las tormentas; porque su barca es la caridá del golfo!

La marisabidilla es la excepción de la edad y el equívoco del sexo. Ahora se separa con mirada displicente de sus compañeras de colegio y recorre el jardín con semblante melancólico. Una mariposa la detiene; y una sombra la espanta; una tórtola la hace suspirar envidiosa de aquella envidiable libertad. ¡Interesante *Estado de Rousseau* con copias de *Madama Vicentina* y guantes de *Monsieur Dubois*! Su imaginación está dominada por ese vago espíritu de sentimentalismo que se fascina cuando es producido por la amargura es pesado é insuportable si fugidas pasiones ensayadas al tocador, lo cambian en una escuela de coquetería. Esta niña busca la soledad, se aleja del mundo y para ser consecuente con sus amigos se apropia las exigencias de la edad viril y participa á la vez de las preocupaciones de ambas edades. Es el ombión de la virtud y del vicio. Podrá ser un ángel pero también podrá llegar á ser un diablo... porque siempre será un ángel... porque es mujer... porque es hermosa... porque es discreta... y los hombres... ¡Oh! los hombres se engañan á sí propios con hipérbolas y metáforas, gracias al sublime tratado de los tropos de amor. Las vivas impresiones de la literata son hábilmente desfiguradas, sus deseos diametralmente contrariados, y sus pasiones débilmente humilladas por el pánico dolor morado de los desgraciados.

En pocas líneas está perfilado el original de este retrato:—si se trata de reír ó burlarse, ella misma se copia al esbozar con angustioso acento: «¡Oh, quién pudiese como vosotros!» (estas vosotras son las amigas que la acompañan); y si se habla de amores ó novelas, que en mucho se parecen, ella interrumpe á las demás diciendo: «La lámpara de la fe se ha apagado, y, como dice *Arlincourt*, el amor es la fe de un alma á otra, es la mitad de la fe religiosa»

Por esta mezcla de indiferencia y vanidad se adelanta la melancólica indolencia del corazón. Desde los primeros años de su juventud aprende a dudar de los sentimientos tiernos y apasionados, y asegurada en el aislamiento que no día despertará á la voz de las pasiones, corren los años, estos sentimientos que habian sido obra del estudio, de repetidos ensayos, de frecuentes mohines, crecen, se renuevan, el alma se acostumbra á estas vigiliás innecesarias, y los sueños anacrónicos se tornan en fantasías á lo *Faust* ó *Manfredo*. ¡Prólogo terrible para una tragedia... ó un *vandeville*! Algunas veces concluye con una comedia casera: un alférez ó un meritorio en aduana se encarga de ser el marido de esta *especialidad* del sexo.

Abisada la literata en sus propios sinsabores, que salen de su espíritu como el disco luminoso que forma un espejo, cree en la amistad, y valen para ella más que un billete perfunado ó una cita de amor, las revelaciones que hace á su íntima amiga sobre todo que le enseña el último vestido que le ha venido de París; ó duda de la amistad y desconfía del hombre, pero cree en el amor y corresponde con una negligencia casi oriental á un jóven de elevadas aspiraciones. Otras veces desprecia la mitad del género humano, abandona las *soirées*, deja los teatros, no asiste á los conciertos, se olvida de la aguja de bordar en esbuzco, cierra los empedidos de historia y geometría, está enferma para el profesor de francés, y pasa las mejores horas del día retirada en su gabinete, sin componer las rubias trenzas de su hermoso pelo, ni acariciar la nivea cabellera de su nívito de lana. ¡Infeliz *Ludoro*... *Chispas*... *Almácil*... cualquier nombre... lo mismo importa para que lo conozcan nuestros lectores! Bien podéis decir con el poeta *Jorge Manrique*:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando

cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo á nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

En estos días de horrible pesadilla encuentra la literata recurso para hacer alarde de sus continuas pesares, revelando el penoso día que ha sufrido, y conoce también que da cierto aire de tierra coquetaria un rizo que se desprende por una nevada garganta, ó un pálido semblante adornado con un *petit-bonnet* de blanda y florea. ¡Qué poeta enamorado no improvisará una *estrofa*... á su *carisma céptica*! ¡qué agente de Bolsa no exclamará con fanatismo amoroso-financiero:—¡oh! descolorida, como los billetes del banco de San Fernando! Una jóven con esta interesante floidez se parece al genio de la melancolía; es la *Sala* mitológica de una *casa* á la francesa, y cómo interesan estos caprichos de la casualidad ó del arte, tiene la literata oportunidad para hacer alarde de su *toma* de costumbre con *variaciones* de ataques de nervios ó sueños espantosos. Los hombres y los navíos con la pesadilla de la marisabidilla *contemplaránse*. ¡Tendrá que emplear para su bienestar la higiene médica, ó la higiene moral?—Nosotros creemos que ambas.

Cada paso que adelanta en el camino de la vida agitada y bulliciosa de nuestros días, es un nuevo desengaño que recibe y una rapina que lastima su delicado pie. Comprende á su modo la vulgaridad de nuestras aspiraciones, y quiere *recatarse*, *mantir*, *cochundirse* entre todos; pero es tarde ya, y no se retrocede con facilidad cuando los primeros años han decidido de nuestra suerte. Después no es la mujer que todo lo desea en el mundo para despreciarlo, sino la que todo lo desprecia para desearlo; ya no es la enajenada paloma que se consume á sola, atormentada por los placeres vengenos, sino el águila poderosa que se cree con fuerzas para sorprender los secretos de la vida, y tocar sin mancharse las miestras del mundo. ¡Pequeña *Crisálida* que se cree brillante mariposa! Ahora brotan de su entusiasmo burledo violentas contradicciones, impresiones terribles: *hace* algunos años era el mundo la víctima; después la víctima es ella, ¡ella! que se creía libre del influjo de las convenciones sociales; ¡ella! débil mujer, que se miraba sin ese *torcedor* que llevamos en la vida cuando el alma apetece mucho y el corazón está desfallecido por las violentas emociones.

La literata se decide por la exageración, y el mundo, que siempre disminuye la óptica de los sentimientos extraordinarios, la condena á un aislamiento que pasa por contradictorio á los ojos de la multitud. Durante esta íntima abnegación, en este profundo *admir* que pronuncia con la convicción de un desprecio irrevocable, adquiere una orgullosa superioridad que atormenta y la atormenta; pero sucede á veces que se deja lugar un pálido destello de la ter-

nura sentimental de la mujer, de esa frívola ternura que encuentra en todas partes belleza y calma, y al comprender de una mirada este resplendor del corazón, este *joy* del alma, reconoce el filósofo ó el poeta una amarga verdad, y observa el duelo á muerte que hay entre las necesidades de la costumbre y las impresiones de un alma de mujer... Destinada á amarle todo en la vida. En esta lucha sin treguas se borran las primeras impresiones de la infancia, como la mariposa pierde el esmalte de sus alas cuando lucha por desprenderse de una espina que la ha herido, pero gana mucho en talento previsor y en sagacidad emprendedora. Es menos mujer, pero mas hombre.

Hasta aquí la moralidad de la literata. Ahora copiémos los principales rasgos de su vida, en la cual juegan á la vez las impresiones de la juventud y el desvan de la edad varil.

La niña literata sabe el lenguaje de las flores y el sentido de los colores, lee los folletines de los periódicos, tiene en su cartera de dibujo lineal algunas escenas ó capítulos copiados en horroroso y conserva en su memoria el prólogo y el desenlace de todas las catástrofes que ha presenciado... bajo unas sábanas de Holanda y reclinando sobre la almohada el mas bello semblante que podría pintar Murillo.

¡Oh! ¡qué conjunto fascinador de gracia y coquetismo! Cuando sale á paseo se detiene á leer los carteles de teatros y anuncios de obras, con cierto desvanecimiento orgulloso con un sí es ó no es de inteligencia que por su gesto podrá juzgar cualquiera si es de su agrado el título de la nueva obra ó de la función prometida. Si es aficionada á la música se decide por el piano... ó por el arpa, por el arpa mejor, porque es un instrumento apasionado y melancólico: la marisabidilla encuentra en sus cuerdas un mágico resorte para los sentimientos elegíacos de su alma. Lo sublime y lo tierno la conmueven: lo bello y lo nuevo la seducen: todo lo que está de moda. Hoy aboga con la puerilidad mas encantadora por la ópera nacional: mañana se entusiasma con la música italiana: las exaltaciones que pronuncia no serán suyas, pero en sus labios seducen y deciden favorablemente porque son dichas con una satisfacción orgullosa y decidida, que ponerlas en duda sería herir de muerte su vanidad.—Para la literata es bella la vida despertando con la idea de sus lecciones en el púlpito donde puede burlarse del celoso amante, y acostándose con los recuerdos del teatro del Circo, de ese panteón de los desvaros de una noche.

Si visita su casa algun joven poeta de esos hervorizadores del escepticismo en las tertulias de buen tono, la marisabidilla escribe versos y compone alguna fantasía ó silva, que se titula *Mi porvenir*.—*El Geranio*.—*Adios!!*—Es necesario advertir á nuestros lectores una equivocacion involuntaria.—El título de la poesia *Adios!!* no tiene únicamente dos admiraciones; esto es poco, es prosaico, es de mal gusto. La literata escribe el título de su poesia filosófico-político-religiosa de esta manera—*Adios!!!*—¡Éa aquí una voluminosa catedral de muda religiosidad! Tanto ó temprano *El Geranio* es leído por el joven poeta, verdadero Macías de pantalón colado y botas de charol y aplaude los pensamientos de esta ignorada poetisa. En la noche de esta lectura se habla mucho del genio, de las rocas de luna y de los melodramas. *La palidez de la luna* en particular, merecerá algunas metáforas y diversas miradas. Al otro día se lee en cualquier periódico político ó literario—corredores de oreja fáciles y baratos—una poesia á C. A. M., y la marisabidilla que la leyó y que conoce al que firma—el poeta que aplaudió sus versos—describe el sentido de sus iniciales, se vantra orgullosa de su victoria y guarda el número del diario entre aromosos *pajotes*. En la primera entrevista á robos amantes, mejor sea dicho, robos compañeros de inspiración no hablan de los melodramas ni de la luna ni del genio: se entretienen con el porvenir y la gloria. ¡La posteridad! ¡La reputación de un Shakespeare que se pronuncia Sakespir, aunque se ignore todo lo demás del idioma inglés! ¡La fama póstuma de Madama Staël! ¡Byron, Lamartine, Chateaubriand, Espronceda! ¡Safo, Madame Cottin, Santa Teresa de Jesús! ¡cuántos nombres se cruzan en la conversacion! ¡cuántas sentencias y parábolas y quintillas! La marisabidilla escribe entonces en su diario dos ó tres páginas con este epígrafe *dos versos acordes*.

La literata jóven observa con mas indiferencia, calcula con mas sagacidad y seduce con mas talento. En el teatro se aburre con las tumultuosas demostraciones de entusiasmo y en la ópera usa de los gestos para observar... la ternura de los cantantes: entonces recurre á *Rubini, Lutz, Arlot, Moriani y Tomberlik*, á las notabilidades cuyos retratos guarda entre los horrores de la letra inglesa. «Cantaban admirablemente» dice la literata con voz intensa: algun *lyon* que se encuentra á su lado *debutando* una pasión volcánica, no se atreve á contestar, pero dá á sus párpados la mayor extension, suspira, se compone una de las puntas de la camisola y repite inspirado, si, verdaderamente inspirado.—«¡Oh! cantaba admirablemente.»

La marisabidilla es un gabinete: siempre seduce, siempre con-

vence porque siempre se la escucha con benévola prevención. En filosofía y literatura está por la exageracion, y hoy día tiene un nuevo campo donde triunfar de todos; monumento moderno con mas puertas que el Escorial: la política. No pertenece á ningún término medio; ó hace visitas en palacio y tiene una amiga empleada en la *real casa*, ó su amante es partidista de la oposicion, ó su padre fué de los constitucionales de 1820. Colóquese donde quiera, hace una decidida oposicion; no hay que combatir sus palabras con argumentos y comparaciones, porque patechada con los artículos de fondo de la mañana, espresa sus acriminaciones como un orador de la antigüedad. *¡Ingrata patria no pasares mis huesos*, esclama la marisabidilla no pudiendo resistir... la temperatura de 20 grados sobre cero. ¡Qué anarquial! (parte) ¡Qué calor!

La literata que ha sufrido por mucho tiempo los desengaños del mundo entrega hoy su corazón al hombre que ha adivinado sus sufrimientos y que puede adormecerlos copiando las vulgaridades de los romas. Entonces el amante de la marisabidilla es una especie de *cavalero servante* que la acompaña á todas partes; es fiel de esta mujer, claro espejo de sus tormentos. Si llora, debe llorar; si rie debe reír. La literata concluye por casarse por razones de orgullo ó de conveniencia, y sigue en sus afecciones devanecidas por la union reciproca de dos voluntades que serena las mas ardientes imaginaciones. No renuncia á sus antiguas costumbres y en medio de las faenas domésticas se imagina que ha descendido un escalon en el templo de la fama póstuma. Por un bello pensamiento que concluye al doblar la página de un libro, su adorado Abelardo viene al suelo—la marisabidilla pone á sus hijos nombres de novela—ropiendo con azabura una quintilla de una poesia á un niño y mirándose de paso al tocador. Las cardejas de su marido son precursoras de alguna infidelidad; lo ha visto muchas veces en las novelas. La indiferencia del nuevo confidente de sus abstracciones morales y literarias, cree que señala una época de indiferencia amarga y sombría; así lo ha descubierto en las sociedades donde se murmuraba y se jugaba á *Desamó*. Si se retira al anochecer y la aurora, clasifica este aislamiento de clásico, casi de antediluviano, y cuando la última hora del día le sorprende en la calle, tiene zelos de su esposo y llora y deplora su desgracia. La alegría le entristece: la soledad la aburre. Nunca se cree feliz; y oprime demasiado su mano aquel lazo que la une por toda la vida á una voluntad extraña. «A un tirano»—exclamó la literata á media voz.

Todo lo grande la fascina y lo nuevo la arrebató: desearia amar en el desierto ó aborrecer en las catacumbas de Roma; ser Napoleón ó Jorge Sand; tener una brillante carroza de seis tiros lujosamente enjanzados, ó vestir el toscó sayal de los mendigos. Reconoce que nuestro siglo busca las grandes emociones, y ella que queria ser el objeto de todas las conversaciones la detida soberana de todos los círculos, el personaje misterioso de todas las anécdotas, aceptaría con resolución la virtud ó el vicio, la opulencia ó la miseria, el valor ó la inteligencia.

La literata sabe representar todos los papeles: es una excelente actriz en su gabinete. Es celosa, enmascarada, susceptible, tierna, apasionada, condescendiente, insinuante, sarcástica, grave,—la gravedad es el fondo de las diversas modificaciones de su carácter. Conoce á los hombres y apela á las lágrimas; conoce á las mujeres y apela á la ironía. Lloro y despues rie, se burla y despues besa y abraza á su rival, se hace dueña de sus secretos y rechaza al amante que se erige á rubio de su astuta inteligencia. El observador que contemple á la literata en estas emociones, de su amor propio resentido, la tomará por un ser *bulástico*, por una pesadilla de Hoffman ó una caricatura de Goya. Su arma favorita son las cartas y para leer las palabras mas incisivas y severas, para convencerse nuestros lectores de lo *artístico* que es la marisabidilla en sus pasiones, les advertimos que se proporcionen una de estas bellas páginas de su diario. Cada palabra que costara en otra pluma un horror, en otros labios un suspiro, y una lágrima en otros ojos menos bellos pero mas sensibles, es para la literata fácil y espontánea: es un artículo no una carta; no sólo se debe pensar en la retórica sino tambien en la puntuacion. La literata debe escribir bien y sobre todo... con ortografía.

La marisabidilla contemporánea desaparece á los cuarenta años. A esta edad ya viene á reemplazarse con una niña con las nuevas exigencias de su época y las impresiones de sus primeros años. Detrás de esta viva espresion de las preocupaciones sociales de un siglo—algunas veces de un lustro—existe la verdadera literata, la elevada mujer de melancólica imaginacion y de ínfima filosofía: despues de la poetisa, encontramos la mujer, tipo privilegiado, hoy amante, mañana usadera, feruuda manual de delicados placeres, y creacion misteriosa donde se reservó á la Providencia el derecho de juzgarla con acierto.—Publicado en Paris.—1845.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUEBA.



Castillo de Guadamar, provincia de Toledo.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCOGADAS.

(Continuación.)

Si Laredo, igualmente que los restantes puertos de esta costa, son muy convenientes para veranear por razón del clima, en cambio tiene en contra el abundar en ciertos insectos que los naturalistas denominan *hemipteros* y que los naturales que no son naturalistas llaman con otro término más vulgar, y que siendo de caballería ligera, á manea de ayudantes de campo galopan y cruzan rápidamente el lecho del que no puede dormir por efecto de tan continua manobra. No obstante, sea dicho en honor de la verdad, Laredo tiene que ceder la primacía en este punto á san Vicente de la Barquera, si es que puede sacarse alguna consecuencia comparando las dos más célebres posadas de ambos pueblos. Poroso es confesar á la par, que ni en uno ni en otro se siente el mordicante y porfiado insecto nocturno que en esta corte despierta á sus pacíficos miradores; insecto, enemigo del género humano, é incompatible con la ilustración, pues tan pronto vé la luz, huye ó se queda pasmado, sin saber lo que le sucede, á guisa de jugador sorprendido en un garito esperando un entrés. No sé cuál de esta tropa es peor, si la de caballería ó la de infantería; me inclinó no obstante á preferir la primera, y me persuado asimismo que en Laredo, y aun más en san Vicente, establecen sus cuarteles de verano esos escuadrones, porque les pasa allí lo que pasaba á los facciosos narietas en ciertos lugares, esto es, que no los persiguen, no procuran destrozar sus madrigueras, y por eso salen de noche á verficar sus escursiones.

No se piensa que Laredo es ahora un pueblo despreciable, y que no vive sino con el pasado. Todavía tiene alguna importancia: su población actual ascenderá á unos 600 y pico de vecinos, 3000 y tantas almas. Conserva fama por su pescado con que surte en gran cantidad á la corte. Posee 62 lanchas de pesca; 474 matriculados y da 40 á la real armada: en otros tiempos presentaba para ésta, hasta 500 individuos. En la batalla de Trafalgar todavía tenía 100. Siempre fueron estimados como marinos y marineros inteligentes. No hace muchos años que sostuvieron su buen predicamento en la toma de Bilbao, en el paso del puente de Luchana y en la formación del que sirvieron provisionalmente con barcas.

Hay también algunos propietarios ricos y algunos dueños de establecimientos de salazon y escabeche, el que despachan en nume-

rosas cargas conducidas al interior á lomo, en rocacs de maragatos y arrieros, que es el único medio de transporte. La pesca más gruesa es de sardíná, y también de bonito y de besugo. Este género de industria ha sufrido baja de algunos años acá, porque los puertos de Colindres de abajo y Limpias le han sacado mucha ganancia en los escabeches y en la remesa de pescado fresco, pues mucho del que traen á vender á Madrid, pertenece á esos lugares, aunque ordinariamente no se acuerdan de ellos, y dicen á todo, pescado de Laredo. En Colindres hay quizá más fábrica de escabeche que en el mismo Laredo; así es que los particulares de esta villa van de vez en cuando á comer las ostras aderezadas perfectamente en Colindres. Pero al fin la pesca es el preponderante cuando no el esclusivo ramo de riqueza en Laredo.

Pasando revista á los edificios notables no debo omitir la iglesia de la Ascension que es la parroquia matriz, y una de las mejores de la provincia, si bien en mas de una consideracion es inferior á la de Comillas, que describí oportunamente. La iglesia, pues, es digna de observarse por su estension y su arquitectura. Fué construida en el siglo XIII: tiene dos fasciolas de bronce en el presbiterio, y cuya parte superior está formada de dos águilas del propio metal con las alas desplegadas y sobre las que se colocan los misales. Esto fué un regalo del emperador Carlos V de Alemania cuando estuvo en Laredo. En la nave mayor existe una parte de la cadena que rompieron los conquistadores de Sevilla, de que he hablado ya. Este resto de su valor se conserva como trofeo. El altar mayor figura tener de jaspé unas columnas aplandadas, de tal modo que es preciso tocarlas para convencerse de que no son de aquella materia. La sacristía es de construcción moderna, es del siglo pasado, y por su espaciosidad, comodidad y buena forma no puede ser comparada con ninguna otra de los templos de la montaña.

La casa consistorial presenta bastante buen aspecto: el primer cuerpo de la fachada descansa sobre cinco arcos de grandes columnas que forman los soportales de la plaza. La pieza principal tiene otros tres arcos que dan lugar á una especie de galería descubierta al frente, ó salon corrido con vistas á la plaza. Los locales que comprenden son capaces y cómodos. El gran salon en que se celebran las quintas y otros actos públicos sirve también para los bailes de carnaval.

En lo más encumbrado de la villa está el castillo llamado el Rastro, regularmente construido y artillado; tiene escuadra y defendiendo á varios puntos, pero en especialidad la entrada de las rias de Laredo y de Santoña, hacia cuya última plaza fuerte está mirando con algunas de sus baterías.

En general poca distracción se proporciona en Laredo á cualquier transeunte. No hay reuniones exceptuando la que se tiene por las noches en la secretaría del ayuntamiento, y es compuesta exclusivamente de unos cuantos sujetos instruidos que leen los periódicos y cuya conversacion es bastante agra. Tampoco hay círculo de recreo, que no falta hoy día aun en pueblos de menor importancia: hay sí un café que por casualidad tiene un piano y consiste en que el dueño es el organista de la parroquia. El trato entre las personas y las familias apenas existe; cada uno está retirado en su casa, siguiendo en sistema de vida acostumbrado que suele alterarse cuando una romería ó otro suceso por el estilo viene á ponerla en movimiento.

No es decir por esto que carezcan de amabilidad y de finura los habitantes de esta villa: al contrario, el forastero se encuentra obsequiado y se complace en la compañía de varias personas notables en el país, cuáles son entre otras que pudiera citar, los señores don Juan Queja y don José Manuel de Cacho y Tagle, abogados y propietarios; y éste, asesor de marina y promotor fiscal del juzgado de primera instancia.

Varias circunstancias existen simultáneamente para impedir que Laredo progrese y se engrandezca. Los antiguos muelles hasta cuya orilla aboraban las escuadras de Carlos I y Felipe II se hallan al presente cubiertos y cegados; la mar se ha ido retirando visiblemente, y en donde en otro tiempo habia agua y andaban embarcaciones mayores, está ahora atisado de arena, de tal suerte que para poder embarcar es preciso hacerlo á pleamar, ó sino alejarse un buen trecho la tierra atravesando fango. Los pescadores esperan la pleamar para salir á sus faenas; pero al retirarse al anochecer y estando la mar baja, tienen que emprender una pesada maniobra, empujando las lanchas á fuerza de brazo para que entren en el puerto, y sino tienen que dejarlas fuera con guardas y con alguna exposición, ocupando en algunos casos tiempo y genta que se aborranian sino tuviesen que luchar con este obstáculo. Para obviarle se ha tratado de construir un muelle hacia la parte N. E. de la villa; se han empezado los trabajos; están colocados los cimientos de una porción de la obra, la que va adelantando durante la bajamar, que es cuando el sitio queda en seco; se ha instruido expediente y arreglado la contrata. Mas supuesto ya el muelle concluido y el camino que según dicen deberá ser cubierto perforando un monte que media entre aquel y la población, todavía el puerto no puede adquirir importancia, pues creó que este muelle solo valdrá para la mejor arribada y abrigo ya de los barcos pesqueros, pero no para los mercantes de todos portes. Además Laredo tiene contra sí á Colindres y á Limplas; aquel le compete y quizá le supera, especialmente en los escabeches; y ésta es un puerto situado á una legua de distancia en la espesada carretera de Burgos; es una pequeña villa de unos mil habitantes, formada por una línea de casas casi todas grandes, de buena perspectiva, de construcción y gusto modernos. Es el verdadero punto de carga y embarque de la ría de Santoña, y á donde van á comprar el trigo y las harinas para otras provincias y para el extranjero. El puerto es seguro y hermoso lo mismo que todo lo que constituye su término; tiene además cómodos y espaciosos almacenes en las márgenes del río. Según las probabilidades este pueblecito naciente, lleno de actividad y en el cual hay establecidos algunos emprendedores capitalistas, está destinado á representar un gran papel en este país menguando y perjudicando los intereses de Laredo. Por otra parte la ciudad de Santander con motivo del canal de Castilla, con sus dos carreteras á la Corte y lo demás que le favorece según he espuesto antes, se opone aun, cuando no sea voluntariamente, pero sí por la fuerza de las cosas, á que ningún otro puerto de su provincia llegue á obtener la supremacía.

Cerca de Limplas y sobre la misma ría en el lugarcito de Marcon, hay fábricas de anclas, palanquetas y otros artefactos de hierro.

En el distrito judicial de Laredo se encuentran minerales de hierro de varias clases, entre ellas el persulfuro de hierro; también hay minerales de plomo plástero ó galena.

Respecto de ciertas costumbres y usos hay bastante uniformidad en toda la provincia. Entre doce y una se come de mediodía, ó tanta como se desea amigablemente, y como es lástima que no se diga ahora; á las diez de la noche se cena, con ligeras excepciones. Aquí no han entendido es el modo de comer á la francesa, según vulgarmente se dice, y que en la corte va siendo general.

En verdad que sin necesidad de recurrir á los traspirenáticos, tenemos nosotros dentro de casa á quien imitar y en donde fundar ese método. Los frailes, muy sabios en todo y particularmente en lo que á la vida animal concierne, comían á las doce, tomaban chocolate por la mañana temprano y cenaban poco después del usurecer. Los sirvientes y maragatos, gentes de quienes puede afirmarse que viven para comer y no vice-versa, en cuya cualidad les igualan mu-

chos sin ser una cosa ni otra; cuando andan de viaje que es casi constantemente, ora van durmiendo sobre los machos ora van meneando las mandíbulas con algun condimento sólido, ó entreteniéndose las fauces con algun producto líquido; pero la hora de comer de mediodía es para ellos de noche después de llegar al término de cada jornada. Cuando llevan viajeros, lo que sucedía con frecuencia en los tiempos en que no habia mas diligencias que las de los escribanos, almorzaban entre once y doce en las ventas y pozadas de muy atrás conocidas, que eran y son comunmente aquellas en que la cebada está más barata y la recua mejor alojada, aunque el caminante manduque mal y duerma peor; haciendo siempre su comida diaria en el paraje en que pernocaban, sirviendo ésta de cena al mediodía y las doce de la mañana, en cuya hora cesa por algun intervalo la tarea.

¿No viene á ser esto poco más ó menos comer á la francesa? ¿No es esto lo que se hace en Madrid; no cenar, hacer dos comidas al día, y tomar ó no un ligero desayuno por la mañana temprano? ¿No es cierto que hay almuerzo que algunos hacen á las once, que es mas abundante y apetitoso que la comida que otros tienen á la misma hora? Y ¿quién duda que la cena que se hace á las oraciones, como acostumbraban los catalanes, sobre todo en el verano, viene á ser casi la comida de mediodía de los que dicen que están montados á la francesa? Por manera que en vez de ir á buscar fuera de la nación costumbres que se pretende hacerlas pasar por nuevas, seria más exacto decir que se adoptaban con ligeras modificaciones, las que existen de tiempo inmemorial entre nosotros; descartando así esa mania de querer *extrangerizarlo* todo.

Saliendo de Laredo por el camino real empieza un valle ancho, cultivado y fructífero, que se estiende hasta Ramales y es uno de los mejores de la provincia por la variedad de sus producciones y por las vistas deliciosas que ofrece. Este camino es muy poco frecuentado; no atraviesa por él ningún carruaje; apenas se percibe un viajero; solamente cruzan los mulos de los maragatos y alguno que otro carro cubierto ó descubierta al estilo del país. Dicho camino se encuentra en mal estado, con prominencias y baches en varios sitios y con el firme endeble en otros, si bien se está trabajando en recomponerlo. Por la parte opuesta, al E. S. E. de Laredo y á dos leguas cortas está la villa de Santoña, internada en un gran arenal que impide verla hasta que se desembarca y se llegó á las fortificaciones.

(Continuará.)

ASTOLIN ESPERÓN.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuacion.)

A la siguiente eran ya las once y el Marqués no paraba. — Cerca de las doce se presentó Sotopardo de grande uniforme, salía de palacio y de la cámara del Rey, de quien obtuvo una audiencia que duró cerca de una hora.

«¿No saben Vds. la noticia del día? Dijo con la sonrisa en los labios; el Marqués de Motril ha sido hallado junto á San Isidro del campo atravesado el corazón de una eslocada; y es lástima, porque no podrá acabar de contarnos la historia de anoche. — Quizá alguna de estos caballeros la sepa. Vamos, señores ¿no hay entre VV. alguno que crea que el Marqués no fué anoche un *vifume calumniador*?»

Un silencio glacial, efecto del cobarde estupor que coaguló la sangre en las venas de todos sus oyentes, respondió solo á Sotopardo, quien prosiguió diciendo:

«Ya vé V., Duquesa, cuán aventurado es contar ciertos cuentos: aconsejo á V. que prohiba en su casa tan inocente diversion.»

Nadie osó replicarle, todos los semblantes femeninos tuvieron para él una sonrisa, todos los hombres un cumplimento.

El día después don Carlos de Sotopardo, reemplazado en un regimiento de su arma en virtud de orden autógrafa del Rey, salió para Granada, dejando á la buena sociedad de Madrid literalmente aterrada.

Su resolución nunca desmentida se salvó en aquel amargo y difícil trance: maló al Marqués cuerpo á cuerpo y no facilmente, porque era adversario valeroso y diestro, y no pudo menos de malarlo después del insulto recibido.

En seguida, por medio de un favorito de Palacio con quien le amian antiguas relaciones, obtuvo del Monarca la audiencia que hemos dicho, y en ella con franqueza, sin disfrazar sus faltas, sin empujar sus méritos, refirió á Fernando VII las extrañas vicisitudes de su vida, entregándole su cabeza para que de ella dispusiera. No se trataba de política, y por tanto el Rey, conmovido por tanta desdicha y franqueza tan poco usual, indultó á don Carlos por tanta desdicha y franqueza tan poco usual, indultó á don Carlos y mandó que en el acto fuese colocado.

Así se hizo, y entonces entró, por decirlo así, en el segundo período de su vida, íntimamente enlazado con el de don Alfonso Téllez; cuyo relato tenemos tiempo hace interrumpido, y nos proponemos terminar en el menor número de páginas posible.

* XVII.

La justicia divina.

Verdaderamente con el anterior artículo don Alfonso Téllez estaba desempeñado del compromiso con sus conturbados contrabando al empezar su larga y aun pendiente narración, porque habiéndose solo propuesto demostrar que el vulgar proverbio que sirve de lema á este segundo cuadro de los *Estudios sobre las costumbres españolas*, en muchas ocasiones carece en su aplicación de exactitud, bastábale la referida de las aventuras de Sotopardo para llenar aquel propósito.

En efecto, no era el caudal del río de la vida de don Carlos la verdadera causa de lo que el agua de su mala reputación *sonaba*, sino que por el contrario, allí el agua del río de su *sonar procedía*, pues que la mala fama de aquel caballero fué el origen de la mayor parte de sus desobedidas aventuras, y el incentivo de los escándalos que las coronaron.

Mas, por una parte, don Alfonso comenzó narrándonos la propia vida, y por otra en el discurso de su narración han aparecido en la escena personajes varios, que tenemos la inmodestia de suponer haya interesado al lector lo bastante para que no nos sea licito abandonarlos así de repente á su destino, y sin dar á lo menos sumaria cuenta de su final paradero. Tal será el asunto de los dos arbuños, que incluso el presente, van á finalizar el segundo cuadro por nuestro lozano pincel trazado.

Milagros y don Fadrique reclaman por su antigüedad la preferencia, y vamos á dársela.

Al salir Sotopardo de Madrid, á consecuencia de la muerte del Marqués de Motril, víctima espitoria, aunque no la mas culpable en la triste historia de la Condesa de San Justo, comprendió la gitana que aquel hombre había para ella definitivamente desaparecido de la escena, y la empujó de tal convencimiento, poniendo en acre fermentación toda la levadura de su perversa índole, detestable carácter y viciosas inclinaciones, hizo de ella á banderas desplegadas uno de los seres mas infimos de cuantos infinitamente viles produce la especie humana; la avaricia, la sed insaciable de riquezas, la ausencia total de las nociones elementales de toda moralidad, condujéronla á lanzarse á un tiempo, ademas de en las intrigas de galantería y en el teatro de gracias, empleos y honores que ya consabía, en la usura, en la corrupción de las mugeres inesperas, en introducir, para decirlo de una vez, en el seno de las familias mas recatadas, el veneno de la seducción, la ponzoña de la lubricidad infame, la usura, la calumnia, el juego y el anónimo. La detención y la terzera, y al mismo tiempo la mas desordenada crápula, señalaron el tránsito de Milagros á la vejez: con tal escándalo, con desenfreno tan ruidoso, que el Fraile mismo, hasta entonces su protector, hubo de renunciar, por no perderse de reputacion, á todo trato con aquella despreciable muger.

Matilde, su propia hija, no por moralidad, que no la conocía, sino por cálculo profundo, cesó de verla igualmente, y en cambio interrumpió las relaciones con el venerable protector de la familia.

A la verdad, rompiendo con aquel, perdió la gitana la clave de las altas influencias en la corte, y por lo mismo el mas rico filón de la abundante mina que su caudal principalmente constituía; mas por una parte había hecho ahorros cuantiosos en los días de su prosperidad; por otra, quedábanle siempre las relaciones subalternas, aun de la necia credulidad de los pretendientes; y en fin, otro plagio venenoso, á saber: el generoso desprendimiento de las damas y galanes de alta esfera, cuyos culpables amores patrocinaba y favorecía. Con tales elementos y su habilidad consumada pudo Milagros, á pesar de su ruptura con el fraile, continuar su antiguo tren de vida durante mas de dos años, contenta y satisfecha en cuanto los malos pueden estarlo; porque no teniendo, decía, á quien guardar consideraciones, entregábase sin freno ni medida á todos los vicios.

No conocemos, y por desdicha hemos visto mucho de malo en el mundo, espectáculo más hediondo, repugnante y diabólico, que el

desenfreno absoluto de una muger en los últimos años del curso de su vida; tan repugnante es, que no nos sentimos con fuerzas para describirla con los pormenores que acaso exige la índole del escrito que trazamos. Por desventura los originales abundan en todas las clases de la sociedad, y pocos serán aquellos de nuestros lectores cuya memoria no los recuerde alguno ó algunos; los que en tal caso no se encuentran:—bienaventurados ellos!—deben agradecernos el silencio que en la materia guardamos.

Baste añadir, resumiendo lo dicho, que Milagros, comerciante con la venalidad de los corlezaños, explotando la miseria de los púdicos, favoreciendo á la esposa infiel, á la soltera liviana, al marido después y al galán libertino; sirviendo á la policía secreta al mismo tiempo, y atesorando sin escrúpulo el fruto de tanta bajez, de inmoralidad tan grande, se veía reducida á pagar á los miserables instrumentos de sus torpes placeres y cómplices de sus infames orgías.

Si por una parte buscaba y hallaba en los vicios de los demás el manantial en que saciar su sed de riquezas, por otra los suyos propios eran la insondable sima que sus tesoros derivaba; porque sus mancebos, ó mas bien sus ruñanes ¿qué podían ser sino individuos de la detestable mausmiosa raza, fruto de la hez de nuestra corrompida civilizacion, que proslitay y mancha la dignidad viril hasta el punto de hacerla esclava de las ruidosas Mesalinas?

La holgazanería, la falta absoluta de educacion moral, las delirantes aspiraciones á todo género de goces, y la incapacidad para las ocupaciones útiles y serias, lanzan á Madrid todos los años, desde los villares á los garitos, desde los garitos á los brazos de mugeres como Milagros, y desde ellos al crimen, para terminar en los presidios, á un número considerable de jóvenes, que sus familias abandonan culpablemente á su fogosidad é inesperienza, y que muchas veces se hallan completamente perdidos antes que la balsa anuncie en ellos la virilidad completa.

Valetudinarios en la adolescencia, caducos y aun indispettos, corrompidos antes de madurar, viciadosamente perversos, por decirlo así, esos infelices de la virtud desheredados, se ofrecen á nuestros ojos diariamente en los cafés, en las calles y en los paseos, sin que en ellos nos dignemos fijar la vista, sin que haya quien piense que esa haga reclama pronta y enérgica curacion, si no ha de propagar su gangrena al cuerpo social entero. Los hospitales y los presidios se los tragan; otros vuelven á reemplazarlos, y la sociedad indiferente prosigue su camino al compás de la polka!... Pero, viven los cielos, que moralizamos sobrado gravemente; volvamos á nuestro cuento, que es lo que al lector interesa y á nuestra obligacion cumple por ahora.

Mientras Milagros se entregaba desenfrenadamente en Madrid á la crápula, don Fadrique de Vargas en Francia corría rápida y aprovechadamente la carrera del crimen. El juego y la embriaguez devoraban facilísimamente su pension, y gastada ésta era preciso acudir á los *expedientes*: obtener dinero prestado es uno que dura poco; quando al juego con *trampas* suele aprovechar, pero no por mucho tiempo en el mismo punto; hay que acudir á la *asta*, pero la *asta* es delito previsto en el *código-Napoleon*, y los franceses han dado en aplicarlo severamente. Para evitar la aplicacion del código hay que huir de la policía; para no caer en garras de esta, que asociarse con los que allí padecen persecucion por la justicia, y toda asociacion exige que los asociados contribuyan á su existencia y bienestar. Ahora bien, como los perseguidos por la justicia, de la especie á que nos referimos, no blasman precisamente de un respeto escrupuloso y ninio á la propiedad, ni cuentan para existir y pasarlo bien mas que con lo ajeno, síguese lógicamente que, como asociacion, están en guerra abierta contra todo legítimo dueño de cualquier cosa que dinero valga; y supuesta la guerra, claro es que los golpes dados y recibidos son consecuencia legitima. La fuerza unas veces, la astucia otras; pero la hostilidad siempre; el poseedor defiende su alhaja, el perseguido por la justicia trata de conquistarla. A lo primero se llama *derecho*, á lo segundo *vicio*: el propietario es un *ciudadano* mas ó menos honrado; su enemigo un *ladron*. Don Fadrique de Vargas, despues de haber sentenciado á no pocos andaluces allá al terminarse el reinado de Carlos III, por ladrones ó estafadores, arribó por ser él en Francia, primero labrador, luego tramposo, despues estafador, por último falsificador y ladron. La policía y los tribunales franceses dieron en que habian de hacer con don Fadrique lo que don Fadrique había hecho con los andaluces, salva la diferencia de cortarle el pescuezo con una ingeniosa máquina, en vez de hacerlo espirar bajo el peso de un corpulento verdugo, ó de marearle la espalda con una candente *flor de lis*, y enviarle luego á los arsenales de Tolon ó de Brest, en vez de enviarle á la vergüenza y destinarle. Cuenta ó á Melilla. Sin embargo de estas diferencias apreciables, fruto de la adelantada civilizacion de nuestros vecinos, tuvo Vargas el mal gusto de no prestarse á que le estamparan en el homoplateo él

bles de la rama primogénita de los Borbones, ni mucho menos á que en su cuello se ensayase el invento nummario del doctor Guillotín; y para conseguirlo, no sin correr graves riesgos y dar muestras de una habilidad consumada y de una robustez en los trabajos agena de su edad avanzada, atravesando el Pirineo, volvió á pisar los límites de la madre patria. Gracias á un pasaporte de su propia obra pasó en España como un comisionista feo, y pudo llegar en tropiezo á la villa y corte de Madrid, centro natural de los gentes de su estofa, pero airon donde todo cabe, confusa Babilonia en donde la vista mas perspicaz distingue difícilmente lo blanco de lo negro.

Es de advertir que con la dilatada ausencia y la vela airada, Milagros habia en tanto hecho una adquisicion y una pérdida, poca ventajosa ambas para don Fadrique. La adquisicion era la de un amor sin límites á su personal independencia, y la pérdida la de la costumbre de tolerar á su antiguo amante. Añádase á esas dotes positiva y negativa la accidental circunstancia de un capricho declarado por cierto galán, héroe de los villares, columna de los garitos y aprendiz de baratero, cuyos años no pasaban de veinte, y cuya desfachatería y depravacion afrentaban al mismo Sarfanápalo, y se comprenderá que la aparicion, tan inesperada como desagradable de don Fadrique en la morada de Milagros, produjo el mismo efecto que la visita del casero en la de un cesante cualquiera. No hallamos comparacion que mejor explique nuestro pensamiento, con esta diferencia, sin embargo: que el cesante ante el casero se humilla y atusada, mientras que la Gitana con la presencia de Vargas enfurecida, recibíendola de la peor manera posible.

El honor de la verdad, el ex-oidor, que no se habia reconciliado con otras esperanzas, opuso, por tanto, á la tempestad una frente serena, á las injurias la paciencia, á las violentas órdenes de desocupar el puesto una fuerza de inercia de todo punto incontrastable. «En Francia no le era posible residir; sus años le imposibilitaban para el trabajo; y qué habia de hacer sino refugiarse al amparo de la mujer á quien todo lo habia sacrificado? Ella, pasado el primer momento de ira, se haria cargo de la razon, y comprendiendo que no iba á sujetarla en lo presente, ni á pedirle cuentas de lo pasado, ni á estorbarla en sus proyectos para lo porvenir, sino á servirle, á respetarla y á auxiliarla en cuanto pudiese, no le negaría un rincón de su casa en que se albergase, ni los restos de su mesa para que el hambre aplacase.»

Tal dijo en resumen el envilecido caballero á la insolente cortesana, y ésta, reflexionando sobre las posiciones relativas, comprendió que lo mejor era avenirse pacíficamente con aquel hombre, el peor de todos para enemigo, precisamente por lo mismo que nada que perder tenia.—Celebraron, pues, aquellos dos seres despreciables un tratado de esos que deshonran á la humanidad, en virtud del qual aceptó él la complicidad en su propia infamia, por asegurar á subsistencia y algun dinero; y sacrificó ella algo de su varicón á la seguridad de su desordenada vida.

Don Fadrique pasó por lo de su antigua mozochea: fué en calidad de tal presentado á la sociedad de Milagros; y hecho tercero de las disoluciones de ésta, llevó la degradacion hasta el punto de mediar con frecuencia entre ella y su amante, cuando reñidos los veía.

Al llegar aquí, pesámos casi de haber acometido la empresa de pintar cuadros de costumbres, porque virtualmente nos hemos impuesto la obligacion de retratar así las buenas como las malas; y las últimas abundan, y repugnan á las almas bien templadas.

«Sea justo sin embargo, que, copiando infieles, trazásemos cuadros de imaginarios paraísos, ó de flores cubriésemos los abismos que circundan la senda de la humana vida?—No ciertamente, y todo lo que hacer podemos en obsequio del pudor público es pasar rápidamente sobre ciertos fragmentos del camino, trazando nuestros bosquejos á grandes rasgos, y omitiendo en lo posible todo saqueroo por menor.»

Por lo demás, si alguien juzga exagerada la pintura de la degradacion de don Fadrique, rectifique su error, que sobran en el mundo originales de aquella copia, y originalés harta mas repugnantes aun que nuestro mal trazado dibujo.

Volviendo á la historia, durante algunos meses, vivió pasablemente la dichosa pareja que nos ocupa: don Fadrique saqueaba á Milagros suavemente al principio; Milagros atajaba el bolsillo tambien sin resistirse demasiado. Mas con el tiempo él fué aumentando sus exigencias, y ella al mismo compás la resistencia; él contrajo deudas, ella pagó las primeras, no sin previo escándalo y crudo maltrato al deudor; y acabó, en fin, por escandalizar y maltratar sin pagar un maravedí.

Entonces fué la discordia; entonces las recriminaciones, insultos, amenazas y golpes: últimamente la Gitana expulsó de su casa al ex-oidor, quien al marcharse se llevó las alhajas que encontró á mano y del importe de su venta vivió algunas semanas.

Agotado aquel recurso, el juego suplió algun tiempo el estancado bolsillo: pero tal mias, que no podia durar mucho, se agotó en efecto muy pronto.

En momento esperó Vargas enternecer á su ingrata con el espectáculo de la miseria en que yacía, espectáculo verdaderamente haidido y lastimoso; porque el noble caballero, el grave magistrado, el hombre de una pulcritud munda en su persona, habíase convertido en un vejezuelo andrajoso que, vale el capello, sucio el vestido, descompuesta la fisonomía, cavernosa la mirada, cadavérico el aspecto, y vacilante el paso, mas aun por los efectos de la embriaguez que por los años, vagaba de taberna en puzapon, y de gazapon en lupanar incesantemente, siendo objeto de los groseros sarcasmos, de las cínicas bromas, y de las malignas burlas de tabures y prostí-tutas. Mas en vano escribió don Fadrique á Milagros repetidas cartas, pidiéndole con sentidas frases, un ya un socorro, sino una limosna: á las primeras no recibió respuesta, las últimas ni recibidas fueron. Todavía no quiso con tal desaire darse por vencido el que no acerbamos á llamar desdichado, pues que en él fué la desventura justo castigo de su mal proceder; todavía, decimos, no satisfecha con aquellas repulsas, quiso intentar á intentó, un efecto, el posterior desesperado esfuerzo, esperando á la Gitana en el zaguan de la suntuosa casa que habitaba, y llegándose á ella con el sombrero en la mano, humilde el ademán, bajos los ojos, trémulo el aliento, á pedirle, por el amor de Dios, un socorro que de pretorio de incontinencia le libertase.

Iba Milagros en aquel momento del brazo de su mozochea, ataviada y compuesta como una novia, vestida, como un santo de retablo, huera como un prócer improvisado, y en vez de enternecerse á vista de la profunda miseria, del inconcebible abatimiento de aquella cuya mano la habia sacado á ella del fondo de un calabozo de la cárcel de Sevilla para encombrarla hasta el punto en que se hallaba, considerando como un abro insulto su presencia, y queriendo ver si Vargas se sacó del bolsillo una moneda de cobre, y poniéndosela á Vargas en la mano con desfachatez nunca vista, díjole al mismo tiempo:—«Toma, hermano, y no vuelva por aquí, que no me gusta mantener á holgazanes.»

La introduccion de un hervor candante en un vaso de agua helada, poniendo el líquido en súbita violenta ebullicion, suele á veces hacer estallar el vaso mismo; tal fué el efecto de la horrible insolencia de las crueles palabras de Milagros en el ánimo de don Fadrique. Al verse tan horriblemente tratado por aquella mujer origen de su ruina, Vargas volvió á ser por un momento el hombre mismo que en los primeros pasos de su carrera habia dignamente cruzado el acero con el conde de San Justo: la ira purificó instantáneamente su alma de la bajeza que la inflamaba; su corazón palpitó, como salta el leon herido; sus ojos se inundaron de sangre; su mano, entonces de ordinario trémula, buscó, halló, empuñó, vibró segura un puñal; que siempre le acompañaba; y sin pronunciar ni una sílaba, sin lanzar un grito, sin vacilar ni un segundo, arrojándose sobre la perdida gitana, arrojóla á sus plantas exánime de un solo certero golpe en el corazón clavado.

Trémulo, aterrado, pensando solo en salvarse á sí mismo el vil truhan que á Milagros acompañaba, huyó despavorido, clamando «¡el asesino! el asesino!» y en breve, congregada numerosa muchedumbre y acudiendo la justicia, hallaron á don Fadrique que, en pie á lado del cadáver de su víctima, la contemplaba con una ferocidad en los labios, para dar idea de la cual, confesámos no encontrar recursos en la lengua.

Tiene el crimen, por desgracia de la humanidad, un punto de apogeo, llegado al cual se confunde á los ojos del vulgo con el heroísmo; y precisamente la accion de Vargas era por sus circunstancias de las que á tal punto llegan.

Su aspecto horriblemente tranquilo, su mirada de tigre vencedor, su serenidad infernal, impusieron á todos los circunstantes, y él mismo, sintiéndose de nuevo en cierta elevacion de mala especie, infame sin duda, pero elevacion al cabo, engrandeciéndose instintivamente.—Dichosos aquellos á quienes departe el cielo las dotes de la modesta mediana! Ellos, si nunca se elevan, nunca tampoco se precipitan, mientras que el hombre excepcionalmente organizado, como don Fadrique, si yerra el camino de la gloria se abisma en las profundidades del crimen.

En fin, Vargas, cayó en poder de la justicia como asesino preso en fraganté y fué por el momento sepultado en un hondo calabozo, y sometido á la jurisdiccion de la sala de Alcaldes de Casa y Corte.

Era la época en que su crimen cometió una de las muchas en que, por desdicha, se ha creído en España que el verdugo es un poderoso agente de moralidad; era un tiempo en que se ahorcaba por robar el valor de dos pesetas; figúrese el lector qué suerte le esperaba el homicida.

Ni él, en honor de la verdad, hizo esfuerzo alguno para defender

su cabeza: la soledad y el ayuno de la prision hicieronle volver en sí, considerarse tal cual le habían sus vicios hecho, y comprender que la tumba era ya su único posible refugio. Así, pues, confesó desde luego y de plano su delito, cuidando solo de ocultar su verdadero nombre, porque en aquellos momentos supremos renacieron en su alma, por efecto de un fenómeno que á primera vista parece absurdo y es sin embargo tan natural como frecuente, los instintos aristocráticos.

(Continuad.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

SONETO.

El mal sin esperanza.

La tierra rompe con la ruda teja
El labrado que en la cosecha fia;
Su vida al punto el mercader confía,
Y en bienes rico las borrascas deja.

Al gran guerrero emulacion aqueja
Que en lauro y gloria le reviste un día;

Y Nestor sabió, con tenaz poetas,
Celeste arcano en la atracción despeja.

Al trabajo sucede así, el contento,
Alivia el padecer feliz templanza,
Y es corona la ciencia al sufrimiento.

Mas ¡ay de aquel! ageno de esperanza,
Que amando sufre perenal tormenta,
Sin retorno á su amor, ni en sí mudanza.

FRANCISCO DE LAIGLESIA Y DARRIÑO.

ALGUNOS PENSAMIENTOS RELATIVOS A LAS MUJERES.

Todas las mujeres son aficionadas á hablar; ¿en qué consiste que las viejas lo son mas aun? En que no tienen ya otra cosa que hacer.

La mayor parte de las mujeres bonitas pierden tanto en dejarse conocer como ganan en dejarse ver.

La rigidez de una jóven casadera no es mas que un velo muy transparente que no cubre nada.

El arte de agrandar es para las mujeres un oficio que saben las bonitas sin haberle aprendido, y que no pueden saber las feas sino despues de largos estudios y de un aprendizaje mas largo aun.



(El pobre.)